

## LOS CAMINOS DE LA HISTORIA. CUESTIONES DE HISTORIOGRAFÍA Y MÉTODO

ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA

De un tiempo reciente a esta parte, el mercado editorial en lengua española se ha visto enriquecido (y, en algún caso, degradado) por la publicación de una notable serie de libros sobre cuestiones de teoría y método en la investigación histórica. En gran medida, ese fenómeno responde tanto a las exigencias creadas por la patente crisis de identidad de los estudios históricos en todo en el ámbito occidental como a las demandas docentes impuestas por los nuevos planes de estudio universitarios.

La profesora Elena Hernández Sandoica, una reputada especialista en historia socio-cultural y de las relaciones internacionales en la época contemporánea, es autora de una de las obras más densas y penetrantes en el seno de ese conjunto bien dispar de publicaciones. Su trabajo no constituye un clásico manual introductorio y pedagógico para el estudio de la disciplina de la historia. Es más bien, en palabras de su responsable, “un recorrido de historia intelectual” centrado en el devenir reciente de la historiografía y en sus acuciantes “cuestiones de definición epistemológica” y “formulaciones de método” (p. 7).

A tono con ese planteamiento, y siguiendo un método de exposición “mayéutico” y esencialmente crítico, *Los caminos de la historia* ofrecen una cumplida revisión de los problemas teóricos y conceptuales más palpitantes por lo que respecta al estatuto científico de la historia: ¿qué valor tiene el conocimiento histórico en el conjunto de las ciencias? ¿cómo y hasta qué punto se alcanza la verdad en la investigación histórica? ¿qué relación guarda la disciplina con otras ciencias humanas y sociales afines y en muchos casos competidoras?

Las respuestas ofrecidas por Hernández Sandoica a esos interrogantes dejan atrás las explicaciones canónicas derivadas del positivismo finisecular (todavía muy arraigadas en el gremio de historiadores profesionales) y, sin embargo, no caen en la fácil tentación de suscribir el anarquismo epistemológico “post-moderno” de tanto vigor genérico en nuestros tiempos y sociedades. Con una prudencia muy encomiable, sus preferencias parecen inclinarse por una doble lectura hermenéutica y semiótica que tiende a subrayar el aspecto irrenunciablemente interpretativo del conocimiento histórico y su conexión con las teorías de la crítica textual más actualizada. En sus propias palabras, “resulta obligado, a lo que parece, rechazar tanto la reducción de la historia a la categoría de actividad literaria, libre y creativa, curiosa y aleatoria, como la definición de su científicidad a partir de un único modelo newtoniano de conocimiento del mundo físico” (p. 286).

Esa toma de posición “eclectica”, en la que es posible hallar ecos innegables de un historiador y pensador de la talla del italiano Carlo Ginzburg, posibilita el intento de dar cuenta de la científicidad de la investigación histórica sin caer en el escepticismo gnoseológico del “post-mo-

dermismo” historiográfico (en la línea del norteamericano Hayden White). Como bien recuerda la autora del libro en varios momentos, la duda metódica propia de la investigación histórica (y de la científica, cabría añadir para el caso), nada tiene que ver con la duda escéptica y nihilista. La primera pretende descubrir la “verdad” sobre un aspecto de la realidad mediante la crítica material fundamentada y operativa, en tanto que la segunda renuncia de partida a ese cometido y postula su imposibilidad ontológica, cayendo así en un contrasentido lógico y existencial.

Por otra parte, también se rebate en el libro la creciente pretensión de reducir todo el material histórico a la condición de “textos” sin carácter probatorio, que sólo son fuente de sí mismos y no de aquéllo de lo que supuestamente hablan. Al respecto, es suficientemente expresiva la reciente afirmación de una historiadora norteamericana “de vanguardia” (E. Deeds Ermath, 1992) recogida en el libro: “Acepto el uso extensivo del término “texto”, que incluye artefactos que van desde la arquitectura hasta los acontecimientos” (p. 297). Dejando a un lado la evidente carga metafísica y sustancialista de dicho uso extensivo (que parece hacer del “texto” una especie de “arjé” presocrático omnicomprendido), Hernández Sandoica, siguiendo los pasos de Raphael Samuel, Gabrielle Spiegel y Reihard Koselleck, reafirma la idea de que “ni los acontecimientos ni las experiencias se agotan en su articulación lingüística” y de que es posible hallar “huellas de significado” en los textos históricos que remiten e informan sobre la realidad “contextual” en la que se elaboraron.

Al lado y a la par de los capítulos dedicados a ese conjunto de espinosas cuestiones gnoseológicas, el libro de Hernández Sandoica incluye un pormenorizado repaso a la evolución de las disciplinas históricas desde finales del siglo XIX y hasta la más polémica actualidad. Su punto de partida es el reconocimiento de que a finales del siglo XVIII, con los trabajos previos del benedictino Jean Mabillon y de la escuela de Gotinga, el “género literario peculiar” que era la Historia heredada de la Antigüedad clásica pasó a convertirse en “una materia científica y erudita” de la mano de la escuela histórica alemana, con Leopold von Ranke a su cabeza, y sus imitadores en otros países (cap. 5). De hecho, nos atrevemos a afirmar que estas páginas revelan un evidente reconocimiento por parte de la autora a la labor de esa escuela historicista tan denostada (por mera incompreensión y bastante ignorancia) en el propio gremio profesional hasta hace muy pocas fechas. Para demostrarlo, basta observar los comentarios realizados sobre el manual de introducción a la historia de 1898 publicado por Charles Seignobos y Charles Langlois (pp. 18-19) o las referencias elogiosas al trabajo similar de 1868 firmado por Gustav Droysen (pp. 271-273). En éste, como en otros aspectos, Hernández Sandoica se manifiesta plenamente informada de las últimas corrientes de análisis historiográfico y en total concordancia con sus resultados.

Mención específica debe hacerse del notable examen realizado en el libro sobre la evolución y los problemas de las distintas especialidades históricas que se han ido configurando a lo largo del último siglo. En particular, los apartados dedicados a las diversas formas de historia social e historia cultural ponen en evidencia la profundidad de lecturas, conocimientos y capacidad de juicio de la autora (con mayor relieve en su tratamiento de la influyente “escuela de *Annales*). Otro tanto podría decirse de los capítulos dedicados a la historia de las relaciones de género (en su versión dominante norteamericana), a la “nueva” historia política, y a la microhistoria (en su faceta básicamente italiana). Quizá el apartado menos completo y satisfactorio en ese recorrido, por razones de obvia especialización, sea el dedicado a la historia económica (tanto clásica como cliométrica) y a la demografía histórica. En ambas disciplinas, el contraste entre sus trabajos y las doctrinas epistemológicas “post-modernas” alcanza grados de abierta confrontación rupturista y hubiera permitido reflexiones muy pertinentes sobre el alcance y calidad de estas últimas.

En cualquier caso, es difícil contradecir el diagnóstico avanzado por Hernández Sandoica sobre el carácter del devenir reciente de las disciplinas históricas en su conjunto: “Una evolución (...) basada en la sustitución y el desplazamiento de la influencia de la ciencia social (...)

por el dominio en cambio de la teoría lingüística y literaria, por una parte, y de la antropología por otra” (p. 57). Como ejemplifica la paradigmática evolución de la escuela de *Annales*, no cabe duda de que la economía y la sociología han dejado de ser el referente y modelo por autonomía de la práctica de la historia en beneficio de las enseñanzas aportadas por la teoría antropológica y la crítica textual literaria.

Tampoco parece posible disentir en profundidad del juicio avanzado por Hernández Sandoica sobre las razones básicas de la ruptura y dispersión de la historia en pequeñas sub-disciplinas casi autónomas y poco o nada comunicadas mutuamente: “la fragmentación que hoy caracteriza a nuestra disciplina vendría a derivarse obligatoriamente del incremento de los objetos de análisis, del cruce aleatorio de perspectivas, de la cantidad ingente de información acumulada por distintos cauces y con distinta metodología, documentación abundantísima que obedece a procesamientos diferentes y origen de resultados dispares, no sistematizada y ni siquiera sometida a los designios selectivos previos de los proyectos de investigación” (p. 131).

En resolución, la profesora Hernández Sandoica ha entregado al gremio de los historiadores españoles una obra densa, meditada y sustanciosa que remueve cuestiones gnoseológicas muy candentes y relata procesos historiográficos sumamente complejos y aún abiertos en su resolución. Y todo ello enmarcado en un contexto intelectual muy amplio y rico, que supera con creces el panorama estrictamente historiográfico y nos remite a las diversas corrientes filosóficas y culturales dominantes en nuestra época.

Esta flagrante quiebra del discurso autista y autorreferencial que es habitual en los textos sobre historiografía, en España y fuera de España, es una de las mayores virtudes del trabajo en cuestión. También habría que añadir que es una de sus mayores servidumbres, habida cuenta de que no todos los lectores potenciales tendrán la formación suficiente para seguir la narrativa con holgura y sin ayuda de otras obras de referencia. En este sentido, el libro de Hernández Sandoica, lejos de ser un manual introductorio al uso, es una obra de tesis, un ensayo historiográfico destinado a provocar la reflexión y el debate argumentado más que la aceptación acrítica y pasiva. Lástima que los editores no hayan hecho más fácil esa labor por su incomprensible renuencia a incluir un índice onomástico y de obras citadas en el propio libro.

ENRIQUE MORADIELLOS